

¿Qué espiritualidad para un mundo emergente?

*P*recipitadamente solemos lanzar nuestra atención a las alturas de la vida espiritual sin deparar en la sacramentalidad de experiencias cotidianas y naturales. Corremos el riesgo de entender esa vida espiritual como un apéndice artificial impuesto desde fuera y paralelo a la vida humana. Y así, llegamos a construir el edificio de la espiritualidad en desconexión real con el acontecer humano, olvidando que la espiritualidad es aquello que produce una transformación interior y exterior. El mayor enemigo de nuestra espiritualidad sigue siendo el docetismo, la deshumanización de la vida cristiana.

La espiritualidad no es un bloque de pensamiento compacto; para eso está la ideología. Es una materia dúctil y hasta imprecisa. Sus contenidos no son bien definibles. Mucho de lo espiritual está hecho de atisbos, intentos, olfateos, preguntas, miradas, búsquedas... Algo presentido, pero activo en el subsuelo de la realidad. Precisamente en la vida cristiana hemos purificado la palabra “espiritualidad”, ligándola al Espíritu, y desligándola del término filosófico “espíritu” como contrapuesto a materia. Lo que importa no es tanto el objeto de la acción (material o inmaterial), sino la moción del Espíritu, el amor. “Vendremos a él y pondremos nuestra morada en él” (Jn. 14, 23): es el texto clave de la espiritualidad cristiana, esa vida en la dinámica que el Espíritu nos regala.

Y sin embargo, hoy se va extendiendo un concepto secular de espiritualidad –más allá del fenómeno religioso– que apunta a potenciar la dimensión positiva de la vida personal y social y la búsqueda de sentido. Nos está llevando a tomar conciencia de que el Espíritu sopla donde quiere (Jn 3, 8). Poner límites a la espiritualidad es encadenar al viento. De ahí que acojamos la

espiritualidad como patrimonio de lo humano, y no como subproducto de la religión. Se da en todo ser humano. De hecho, lo que la cultura secular pone en crisis no es la espiritualidad, sino la religión. La espiritualidad goza de buena salud.

Espiritualidad... “una dimensión profunda del ser humano, que, en medio incluso de la corporalidad y la materialidad, trasciende las dimensiones más superficiales y constituye el corazón de una vida humana con sentido, con pasión, con veneración de la realidad y de la Realidad: con Espíritu” (Vigil). Elemento constitutivo de la persona... Quien profundiza en la estructura humana genera obras de espiritualidad. Algo para personas que tienen activado el amor y el deseo, el anhelo y la búsqueda, no para ahítos, rutinarios, cansados, desencantados. Se trata de sacar del propio pozo el agua más fresca y transparente. Es un noviazgo de la persona con la vida. La antítesis del estancamiento. El ser espiritual es el que no está satisfecho de sí mismo, el que sigue avanzando y aspira a más.

La espiritualidad es esa cualidad experiencial que nos impulsa a la fusión con lo creado y a la transformación interior en un impulso renovador y positivo, que pone en tensión las mejores cualidades y sentimientos de la persona, en una aventura de crecer, de salir al encuentro con la vida. Los sentimientos y posibilidades que llevamos en nuestro deseo de ser cada vez más son la espiritualidad puesta en práctica. Esa energía que nos empuja a buscar la perfección, que nos extasía ante la belleza, que nos lleva a la fusión positiva con el universo y con los otros, que nos anima a ser para el bien.

En el ser humano podemos distinguir: la exterioridad (el cuerpo), la interioridad (la mente) y la profundidad (el espíritu). El espíritu... esa capacidad de percibir lo que está más allá de las apariencias, más allá de lo que se ve, se escucha, se piensa y se ama con los sentidos de la exterioridad y de la interioridad. Lo que cuenta no son las cosas que nos suceden, sino lo que ellas significan para nuestra vida y las experiencias y visiones nuevas que nos propician. Las cosas tienen carácter simbólico y sacramental: nos recuerdan lo vivido y nos remiten a cuestiones más globales, alimentando nuestra profundidad. El ser humano experimenta su profundidad: se escucha a sí mismo, percibe cómo de su interior más hondo brotan llamadas a la compasión, el amor y la identificación con los otros, con Dios. Si la sociedad redescubre la dimensión de la profundidad, podrá llegar a Dios, que anida en lo profundo, nos dice Tillich.

También la espiritualidad bíblica busca iluminar el espacio interior de la persona hasta hacerle percibir ahí la presencia de Dios que la habita, porque el revelarse de Dios en la Biblia no es hacer signos extraordinarios, sino dar sentido a los acontecimientos. La espiritualidad tiende a generar modos ahondados de percibir y vivir la realidad, modos de esforzarse por caminar en la dirección de la trascendencia que profundiza en la realidad

histórica hasta anhelar dar con sus raíces, su sentido. Tampoco el seguimiento de Jesús es primariamente un comportamiento religioso, sino un cauce para el sentido, para la comprensión de la aventura humana.

El creyente descubre en Jesús la talla e imagen que Dios tiene pensada para él. El Espíritu le lleva al dinamismo de ese crecimiento por el mundo actual. Acostumbrados a captar y transmitir la espiritualidad por vía de lo religioso, hoy afrontamos el desafío de hacerlo por vía de la cultura, el arte, los valores laicos, la historia, el pensamiento humano... Si se abandona la religión, eso nos lleva a sacar la espiritualidad del estricto ámbito de lo religioso. “Mi preocupación está en el futuro de la humanidad y en su presente atroz” (E. Sábado). Es la preocupación de Jesús, el sueño del Reino.

¿Crisis en la vida religiosa?... No por falta de vocaciones, sino de vida, fe, espiritualidad, capacidad para conectar con el significado de la vida, desde la rectitud=justicia, y hacia la profundidad, razón de ser de la contemplación, que permite ver en la profundidad. Espiritualidad... el gran regalo que podemos ofrecer hoy a la sociedad. La necesita para no caer en el cáncer del materialismo. Ahí podemos ser especialistas, orfebres de la experiencia de Dios para obsequiar y recrear a nuestros conciudadanos. Búsqueda de Dios... de una vitalidad cada vez mayor. Porque espiritualidad significa creatividad, vitalidad, gusto por la vida. La experiencia del Espíritu, Señor y dador de vida... El que nos pone en movimiento, nos anima, nos da alas para la creatividad.